

en el ministerio del confesonario. Decia con gracia; que era hijo de S. Pedro, y entenado de S. Francisco, quien se lo llevó en 4 de Octubre de 1811.

El Sr. Br. D. Francisco Sanchez, fué muchos años Rector del Colegio de San Luis Gonzaga de Zacatecas, nuestro amigo espiritual. En su vida nos prodigaba cuantos favores podia, y en su fallecimiento dejó su casa y caudal para el Hospicio de los guadalupanos, que aun disfrutamos bajo el cuidado de dos personas que se debian suceder en el usufructo de sus bienes con cargos de asistir á los Padres. Murió en el Señor, en Enero de 1832. El Hospicio comenzó en su casa el año de 1814 y aun subsiste en 1853.

Documento VII.

BIOGRAFIA DEL SINDICO D. IGNACIO BERNARDES.

Debemos hacer mencion del Síndico, especia-
lísimo bienhechor, D. Ignacio Bernardes, natu-
ral de la Villa de Anguiano en Castilla la vieja,
hijo de D. Francisco Bernardes y D^a Maria Mar-
tinez; de gente ilustre, hijos dalgos, y como tal
fué electo Teniente de Alcalde de la ilustre Her-
mandad de Hijos dalgos de dicha villa: y aun
algunos quieren que sea descendiente de la an-

tigua é ilustre casa de N. S. P. S. Francisco, porque segun tradicion antigua, el hermano me-
nor de N. S. P. casó en España, de cuyo apelli-
do *Bernardon* se derivan los Bernardes. Vino á
esta ciudad de Zacatecas por los años de 1787,
ú 88 y fué en ella mercader, minero, Alcalde
ordinario y Teniente de Corregidor; y estando
en estos oficios metido en tantas ocasiones, y en
medio del fuego de Babilonia, se conservó con
gran pureza de conciencia, especialmente en el
oficio tan peligroso de mercader, como se verá
por lo que N. P. Guerra, P. espiritual de nues-
tro dicho Síndico, en el sermón de sus honras
(de donde se han sacado todas las noticias que
se han dado y se darán.) Refiere: que estando
haciendo confesion general poco antes de su
muerte, le preguntó: si le remordia la concien-
cia, en el tiempo que habia sido mercader, de
los tratos y ventas que se le ofrecieron. A lo
que respondió. “Bendito sea Dios, no hallo en
“eso cosa que me remuerda la conciencia, por-
“que en materia de duda mas he querido perder
“que ganar, no obstante para seguridad de mi
“conciencia he tenido costumbre desde que em-
“pecé a tratar y contratar, siempre que se pu-
“blicas las Bulas sacar treinta de composicion,
“por si acaso como frágil me hubiere deslizado
“en algo.”

Amaba tiernamente á la Purísima y Soberana Reina de los Angeles María Santísima Señora Nuestra, rezaba todos los dias el oficio Parvo y el Rosario, ayunaba los sábados, confesaba y comulgaba todas las festividades mayores de la Señora, hacia muchas y cuantiosas limosnas á sus imágenes: para la fábrica del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe de México, dió quinientos pesos, para el retablo de Nuestra Señora de S. Juan, mil pesos: para el Santuario de Nuestra Señora de Zapopan, cada vez que venia el hermano á pedir la limosna, daba, ya los cien, ya los doscientos pesos. Y por último en este Colegio de María Santísima de Guadalupe, en el espacio de quince años que corrieron desde su fundacion hasta la muerte de este devoto caballero, gastó mas de cien mil pesos. No hay duda agradaría mucho á la Madre de las misericordias, quien por su amor, culto y reverencia, era tan caritativo y misericordioso.

Las limosnas que hacia pueden ser prueba de su misericordia, caridad y amor del prójimo; siendo mas las limosnas que daba en secreto, que las que repartia en público. El año de 16, uno antes de su muerte, repartió veintiun mil pesos de limosnas. Habiendo ido á la Iglesia Parroquial á confesar y comulgar, un dia muy de mañana, vió que llegaban muchas mujeres á aquellas horas,

que eran las cuatro de la mañana, á comulgar, por no atreverse á aparecer en público por su mucha pobreza, que algunas era necesario que el confesor les prestara el manteo para que llegaran al Altar. Fué tal lo que con la vista de esto se conmovieron las buenas entrañas de este piadoso caballero, que al punto, yéndose á su casa, mandó hacer doce polleras ó sayas, las que con doce mantos y otros tantos rebozos, remitió á un sacerdote para que repartiese á aquellas pobres, la cual limosna continuó cada año por dicho sacerdote, hasta que pasó de esta vida.

Siempre que se publicaban las Bulas, enviaba al sobre dicho sacerdote, quinientas para que repartiese entre los pobres. Al mismo tenia dada orden que cuando hubiese algunos enfermos que por su pobreza y falta de medicina no se curaran, fueran á la botica por todos los medicamentos necesarios para su curacion, y al cabo del año pagaba todo lo que montaban las medicinas. La misma orden tenia dada á otro religioso de grandes virtudes, por cuya mano repartió tambien muchísimas limosnas.

Al Hospital de San Juan de Dios, fuera de dos pesos que daba cada semana para ayuda del sustento de los enfermos, pagaba cada año al médico doscientos pesos para que los curara. Su cari-

dad fué la que techó las enfermerías, blanqueó las paredes y enladrilló los suelos. El día del santo Patriarca S. Juan de Dios, entraba á la enfermería, despues de haber comulgado, y visitando con agrado, ternura y devocion á cada enfermo, daba á cada uno dos pesos, diciendo repetida veces que la limosna que se hacia al hospital de S. Juan de Dios, mas era de justicia que de caridad, pues allí iban á parar los enfermos que en servicio de la República y minería perdian la salud y la vida. Por último, él era el refugio y asilo de todos los necesitados; no solo en esta ciudad, mas aun en otros muchos y distantes lugares, de donde le escribian cartas pidiéndole el socorro de sus necesidades; las que remediaba con cuantiosas limosnas.

Estando metido en medio de las vanidades del siglo era tan poco el aprecio que de ellas hacia, que con necesidad, no por gusto ó parecer bien, usaba de algunas cosas de los mundanos; y aun teniendo necesidad, si le advertian que podia parecer mal lo dejaba al punto. Mandole en cierta ocasion, el médico, que se cortase el pelo, usase de peluca, segun el uso, para aliviar la cabeza y se le quitase la flusion que le caia al pecho, y con mucha modestia hizolo así y comenzó á usar la peluca. Un día, pues, de los muchos que caritativo hospedaba á los religiosos apostólicos de este Cole-

gio en su casa, un religioso jóven. ó corista, con santa simplicidad le dijo: ¿es posible, hermano Síndico, que haya entrado en el uso profano de las cabelleras? (acaso entonces comenzaban á usarse) A lo que grandemente avergonzado nuestro D. Ignacio, saliéndole los colores del rostro, respondió: Bien sabe Dios, hermano, que no lo hago por vanidad, sino por necesidad. Replicóle entonces el corista: no se la ponga, hermano, que no es bueno. Hicieron tal impresion en su cándido corazon estas palabras, que nunca mas se volvió á poner la peluca. En este caso me parece que no solo se advierte el poco caso que haria de las vanidades del mundo; mas tambien la fuerza de su conciencia, pues por no desagradar á Dios no reparó en menudencias, y el mucho aprecio que hacia de los religiosos, pues las sencillas y pocas palabras de un corista, bastaron para que no usara mas de la peluca.

Fué muy grande la devocion que tuvo al Santísimo Sacramento del altar: asistia todos los días á misa con gran fervor; fué muchos años mayordomo de su cofradía, y siempre que se elegía mayordomo, rogaba con grande humildad á los cofrades que echaran mano de su inútil persona cuando no hubiera otro que lo quisiera ser. Mientras vivió costeó un sacerdote que llevase el guion, y un acólito que acompañase con el palio á

Su Magestad Sacramentada, cuando salía por las calles. En todos los negocios y enfermedades que tenía, se encomendaba con gran fé al Santísimo Sacramento, y pagaba misas cantadas al Señor, ya en la Parroquia, ya en este Colegio, para conseguir la salud ó salir bien del negocio, si convenia; y al oír el repique con que se descubria al Señor Sacramentado, derramaba copiosas lágrimas, diciendo con grande humildad: *¿Es posible que por la salud de un hombre tan malo como yo, se ha de descubrir el Señor del cielo y de la tierra?* Acompañaba al Santísimo Sacramento cuando salía para los enfermos, especialmente cada año, el Domingo que llaman del Buen Pastor, que sale á visitarlos para que cumplan con el precepto anual de la Iglesia, y entonces daba á cada uno de los enfermos dos pesos ó mas de limosna segun la necesidad de cada cual, y esto lo hacia por mano de un sacerdote; devocion que le duró todo el tiempo que duró en esta ciudad, que fueron treinta años, poco mas ó menos.

Un Domingo, pues, de estos del Buen Pastor, que acompañaba fervoroso al Señor Sacramentado, como siempre quiso y estimó tanto á este Colegio, tenia en él todo su corazon y pensamiento, y así iba entonces deseando y pidiendo á Su Magestad, fecundase este apostólico Cole-

gio de María Santísima de Guadalupe, mejor y mas hermosa Sara, aunque entonces estéril de sugetos que mantuviesen su esplendor para honra y gloria de Su Magestad Santísima bien y utilidad de las almas. Vuelto á la capilla de S. Pedro, lugar del Sagrario, á tiempo que el sacerdote bendijo al pueblo con la sacrosanta Hostia, como es costumbre, repitió con fé viva y fervorosa, su peticion, de que fecundase Su Magestad este Colegio de su Madre Santísima, de sugetos que solicitaran su mayor honra y gloria y provecho de las almas. Al punto ¡caso raro! se le presentó sobre la Sagrada Hostia una hermosísima nube esparciendo lucidísimos rayos por todas partes, dándole á entender, quizá, con esto, que este Colegio de María Santísima, nube lijera (1) que se concibió sin el insoportable peso del pecado original, cándida y resplandeciente, (2) repartiria varones apostólicos que como luz del mundo y refulgentes rayos desterrarían las tinieblas del vicio y del pecado, en que se hallaba el mundo sumergido, y que los varones de este apostólico Colegio se multiplicarian para volar por el dilatado ámbito de este nuevo orbe, como aquellos

(1) Ecce nubem candidam. (Isai. cap. v. 9. 1.)

(2) Ecce accendit Dominus super nubem lebem. Apoc. c. 12. v. 12.

por quienes preguntaba Isaias cuando decia: *Qui sunt isti qui ut nubes volant*, predicando á Cristo crucificado, y levantando la voz como las nubes con el estrépito y horrorosos truenos de la divina justicia? *Vacent dederunt nubes*. El caso es que quedó con tal firmeza despues de esto; que cuando algunas personas prudentes á lo humano, le decian era imposible en lo natural tuviera permanencia este apostólico Colegio; enardecida su fé, decia fervoroso: «espero en Dios, ha de ser uno de los mayores Colegios apostólicos que haya en las Indias, para consuelo de tanta alma cristiana, y conversion de tanta gentilidad como hay en la tierra adentro.

No dice nuestro Padre Guerra si tenia oracion mental, aunque del caso antecedente, y de la rectitud y órden de su vida con mucha frecuencia de Sacramentos, se hace creible que fuera muy dado á este santo ejercicio. Del amor de los enemigos y perdon de las injurias pudiéramos saber casos admirables que le sucedieron, y supo muy bien su confesor, mas no los refirió en su sermon de honras, por no lastimar personas. Murió el 9 de Mayo de 1717, y estuvo su cuerpo sepultado en la Parroquia de Zacatecas.

Sacáronlo incorrupto, y tan sin los horrores que ocasiona la muerte en los cadáveres, que los religiosos gustaron mucho de verlo con frecuencia.

El día 12. de Mayo de 21 se le cumplió su última voluntad, por no haberse podido antes, dándole sepulcro en una hermosa bóveda que mandó labrar para sí y para sus hermanos los religiosos apostólicos. Aquí descansan sus cenizas y su alma *requiescat in pace. Amen.*

CAPITULO XXI.

Exposición

EXPOSICION DE LA VIDA Y MUERTE DEL PADRE GUERRA, DEL COLEGIO DE SAN JUAN DE LOS RIOS, EN LA CIUDAD DE ZACATECAS, EN EL AÑO DE 1717. Por el Sr. D. Juan de los Rios, Abate de San Juan de los Rios, y de la Orden de San Agustín. En Zacatecas, en el año de 1717. En la Imprenta de San Juan de los Rios.